

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	45 reales.
tracion.	
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Salen los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono debió terminar en fin de agosto, terminará en fin de noviembre, lo que les avisamos con el santo propósito de que lo renueven.

¡No descuidarse, señores!

Otrosi.—Esperamos que los vendedores y comisionados no se retrasarán tampoco.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

No, no me consolaré nunca. He perdido la ocasión, la gran ocasión de abrir mi alma á las armonías y melodías de la sinfonía *A mi patria*, del Sr. Saldoni, tocada en el teatro Real la noche del 19 de noviembre.

Yo habia leído el cartel de cabo á rabo, y sin embargo, no asistí al teatro. ¿Qué espíritu maléfico, qué Mefistófeles anti-filarmonico influyó en mí? ¡Ah! Lo ignoro.

Pero acabo de leer un artículo en *El Artista*, y aunque tarde, he abierto los ojos.

¡Oh, *Artista*, tú me has mostrado la luz haciéndome conocer en la sinfonía *A mi patria* «la síntesis de la época de David y la venida del Mesías, ó sea el Antiguo y Nuevo Testamento!»

¡Cataplum!

No puede pedirse más—ni tanto—á una sinfonía.

¡Y todo eso empleado en una sinfonía *A mi patria*!

Pues si la sinfonía hubiera sido *A Dios*, de seguro nos lleva el Sr. Saldoni de patitas al cielo.

¡Admirable prodigio del talento músico!... ¿Qué menos ha de hacer un pobre cristiano que caer de hinojos á los piés del Sr. Saldoni y adorar esos cuantos compases de un solo de órgano? Solo, y acompañado.

Muchas veces, lo confieso hoy con rubor, he inclinado mi cabeza ante la sabiduría de ciertos filósofos. En mi ceguera, hasta habia llegado á creer que un historiador como César Cantú valia algo. ¡Error, funesto error!

Historia, filosofía, literatura, abajo todo, plaza al señor Saldoni, plaza al que con unos cuantos compases en el órgano nos enseña el Antiguo y Nuevo Testamento.

Después de este maravilloso ensayo, no nos queda más remedio que modificar nuestras creencias.

En el telon de un teatro de Madrid se leía hace algunos años lo siguiente:

La música las fieras domestica,

y en nuestro corazon, de las pasiones

los salvajes instintos dulcifica.

Algunos habian llegado á creer que estos versos, aunque malitos, mostraban exageradamente la influencia de la música.

Después de la sinfonía del Sr. Saldoni, los tales versos nada significan, y será preciso sustituirlos por otros que digan:

La música te enseña en un momento

el Antiguo y el Nuevo Testamento.

A pesar de haberse aplaudido tanto la sinfonía, muchos espectadores á quienes he preguntado, después de leído el artículo de *El Artista*, no han sabido darme razon.

Por casualidad conozco á un banquero, y le dije:

—¿Qué opinion tiene Vd. formada de la venida del Mesías, don Lino?

—¿Está Vd. loco? ¿Qué tiene que ver la venida del Mesías con la sinfonía?

—Pero, hombre, ¿no oyó Vd. el órgano?

—Poco; todo se volvian compases de espera.

—Y el órgano, ¿no le recordó á Vd....?

—¡Ah! Sí, me recordó el organista de mi pueblo, que era un jugador de ajedrez de primera.

Mi gozo en un pozo; pero no perdí la esperanza, y le pregunté á mi peluquero que habia estado en la funcion.

—Vamos á ver, le dije, ¿qué tal David?

—No conozco á ese individuo.

—¿Pues no le habló á Vd. de David la sinfonía *A mi Patria*?

—Parroquiano, Vd. está malo.

—Los arpegios del arpa, ¿qué le recordaban á Vd.?

—Hombre, si he de decir á Vd. la verdad, me recordaban el preludio de Arderius, cuando canta

Me gustan todas...

Mi ilusion cayó al suelo desde la guardilla de mi cabeza. El público, el respetable é ilustrado público no habia comprendido toda la síntesis histórica y filosófica de la sinfonía, no obstante haberla aplaudido.

¡Oh generacion frívola, que te ocupas de la cuenta del sastre y oyes indiferente esos compases que son «la síntesis de la época de David y de la venida del Mesías,»—según nos ha dicho *El Artista*, periódico musical.

Mi amigo Grilo, en una revista publicada en *El Español*, nos habla de una jóven que acaba de morir tísica.

Y dice mi amigo Grilo:

«Aquí teneis la muerte más elegante que he conocido desde hace mucho tiempo.

¿Por qué se morirán esas mujeres tan hermosas, y por qué habrán aprendido á morir tan divinamente?»

Una muerte elegante, una muerte divina... Hé aquí dos muertes que nadie conocia.

¡La lisonja del mundo envolviendo un cadáver! En vez de la oracion, un manton de seda; en lugar de un recuerdo, un collar de perlas.

¿Y pregunta por qué habrán aprendido á morir? Porque se lo habrán enseñado... ¡Ah, qué educacion tan peligrosa dan en las escuelas á las jóvenes del gran mundo!

Hablando luego de una fiesta, continúa mi amigo Grilo en la misma revista:

«Rosario Feliú, la encantadora dueña de la casa, ostenta cada noche un traje distinto; primorosos trajes que vienen á ser hojas pintorescas, entre las cuales sobresale siempre la delicada rosa de su cara.»

En vista de esto, aconseje Vd. á las señoras la economía, cuando ellas ven que el primer elogio es para la mudanza del traje.

Esta era la ocasión de gritar:

¿Dónde aprenderán esas mujeres hermosas á ostentar cada noche un traje distinto?

Después de todo, mi amigo Grilo no tenia necesidad de decir estas cosas, ¡él que escribe tan bellos versos!

Luis Rivera.

TEATROS.

NOVEDADES: *Creer y dudar*, comedia en tres actos: imitacion.—ZARZUELA: *Más vale maña que fuerza*, proverbio en un acto: imitacion.—BUFOS MADRILEÑOS: *El motin de las estrellas*, propósito en un acto; *El conjuro*, entremés.

Esta es la semana de los anónimos; una comedia en Novedades, un propósito en los Bufos, un proverbio en la Zarzuela: total, tres obras—y ningún autor.

El mal camino andar lo pronto, dice un refran: por seguir este consejo, doy el primer lugar á la comedia de Novedades. Oigan Vds. lo que habremos de llamar su argumento, porque algun nombre se le ha de dar.—Don Benigno y D. Tomás son dos hermanos que, fuera del apellido, en nada se parecen: D. Benigno es optimista, generoso y confiado; D. Tomás es pesimista, cicatero y suspicaz; D. Benigno es la alegría de su casa, D. Tomás es el terror de su familia; D. Benigno es una malva, don Tomás es un cardo.—¿Los conocen Vds. ya? Bien; pues hagan cuenta que no he dicho nada: cuando más descuidados estén, D. Tomás se convertirá en una paloma y don Benigno en una pantera.—¿Por qué? Averigüelo Vargas. Yo sólo sé que D. Tomás se vuelve crédulo y afectuoso cuando descubre que su hijo es un tunante de tres altos; y que D. Benigno se torna incrédulo y feroz cuando menos motivos tiene para sospechar que su mujer haya dejado de ser tan virtuosa como antes.—Por fortuna, uno y otro vuelven al fin á sus antiguas mañas: don Tomás se hace otra vez pesimista, cuando su hijo toma de nuevo el camino de la virtud; y D. Benigno se hace otra vez optimista al saber la quiebra fraudulenta de una Sociedad donde habia depositado su confianza y donde hubiera depositado tambien sus capitales, á no ser por la suspicacia de su hermano, que muy á tiempo evita esta última imprudencia.—Así, pues, D. Benigno y D. Tomás son alternativamente pesimistas con los buenos, y optimistas con los malos; y para que nada falte á la lógica de la obra, la credulidad de D. Benigno acaba por merecer la aprobacion de D. Tomás, precisamente cuando la desconfianza de D. Tomás acaba de salvar la fortuna de D. Benigno.—De todo lo cual se deduce, que D. Benigno hace bien en creer y D. Tomás hace bien en dudar; ó lo que es lo mismo, que D. Tomás hace mal en dudar y D. Benigno hace mal en creer; ó de otro modo, que tan malo es creer como dudar; ó de otra manera, que tan bueno es dudar como creer.—¿Quedan Vds. enterados? Pues yo tampoco.

Tal es, en resumen, la comedia titulada *Creer y dudar*; y mentira parece que con tan poca inteligencia esté arreglada obra cuyo título encierra dos palabras que expresan los dos únicos resultados á que pueden conducir todas las operaciones de la inteligencia. Dudar, creer: no hay otro camino; y en el caso presente, por más vueltas que doy á la obra, solo consigo creer que es mala y dudar que pudiera ser peor.

Reverso de esta medalla es el proverbio de la Zarzuela, obra de manos muy delicadas y muy maestras en este género de trabajos. Su argumento, perfectamente resumido en el título, se reduce á probar que, en la mujer, para cautivar la voluntad del marido, *Más vale maña que fuerza*. El pensamiento es vulgar y la tesis vieja; pero todo lo salva la maestría con que está tratado el asunto. ¡Qué verdad en los caracteres! ¡Qué naturalidad en los afectos! ¡Qué discrecion en el diálogo!

Y luego, por parte de los actores ¡qué desempeño tan esmerado y tan feliz! La delicadeza, la dulzura, la monita de Teodora hallan su contraste mas cómico en la fogosidad, la violencia y el ímpetu de Matilde. Catalina, que lleva el peso mayor de la obra, responde admirablemente á los gritos de la una y á los halagos de la otra; y Casañer, en las cuatro palabras que dice, muestra que un actor puede dar realce á los papeles menos importantes cuando están en armonía con su talento y carácter.

El teatro de los Bufos ha tenido la suerte de ver aplaudidas dos obras en una misma noche. *El motin de las estrellas* es una bufonada chistosa, ligera y oportuna. ¿Qué más se le puede pedir? *El conjuro* es un entremés de

Calderon, retocado por Ayala, puesto en música por Arrieta—y prohibido por Serra, que lo juzgaba *inmoral*. ¿No les parece á Vds. graciosa la ocurrencia?—Si alguien duda todavía que la censura de teatros es cosa buena, salga de su error con este ejemplo, considerando cuantos bienes podrá reportar una institucion que de buenas á primeras convierte en hombre escrupuloso al autor de *Un marido modelo*, y nos presenta (¡espectáculo edificante!) á Serra ruborizándose con los chistes de Calderon.

Federico Balart.

BROMAS PESADAS.

Romance.

Pronto hará treinta y tres años
que por fortuna ó desgracia,
echóme Dios á este mundo
á purgar ajenas faltas.
Y treinta y tres años hace
que con el alma á la espalda,
de todo el mundo me rio
y todo me importa nada.
No quiero decir por eso
que no hay en mis ojos lágrimas,
ni en mi corazon pasiones,
ni tormentos en mi alma.
No señores, distingamos,
de todo tengo, á Dios gracias,
mas yo me arreglo de modo
que la pena más amarga,
por más que el pecho la sienta
la disimula la cara.
Y asillorando y riendo
pero sin perder la calma,
pasando voy esta vida
entre sueños y esperanzas,
porque yo abrigo la idea
y me parece fundada,
que las cosas de este mundo
grandes, chicas y medianas,
nunca pasan de ser bromas,
aunque suelen ser pesadas.

Muchas personas afirman,
y es discrecion no nombrarlas,
que yo soy un hombre raro,
modelo de extravagancia,
excepcion de toda regla,
y tantas cosas y tantas,
que fuera en mi maravilla
solamente el recordarlas.
Y todo porque no bailo,
ni oigo una misa diaria,
ni adulo á los poderosos,
ni al dinero rindo parias,
ni persigo la fortuna,
ni desdeño la desgracia.
Y soy raro porque digo
que el honor es una farsa,
que la virtud no es á veces
más que el velo de la infamia,
que la amistad es quimera
y el amor humo de paja,
y en fin, que los sentimientos
con que el mundo se disfraza
no son más que de sus vicios
ó sus pasiones, la máscara.
Y bien pudiera probarlo,
pero, calla, lengua, calla,
no empieces ya con tus bromas,
que tus bromas son pesadas.

No niego tengo rarezas
de esas que á ninguno dañan,
como ser muy perezoso
y peinarme por semanas,
no saber fumar en pipa
ni ponerme la corbata.
y otras varias menudencias
que callo, porque son varias.
Pero conozco otros muchos
que se dan gran importancia
y presumen de talento,

y á todo le ponen faltas,
y que sin embargo, viven,
y hacen carrera, y se casan.
De esos que van al teatro
dos ó tres noches por Pascua,
y rien con el *Edipo*,
y se duermen con *Adriana*,
y aplauden *Diego Corrientes*,
y en el baile se entusiasman,
y si llega el caso, afirman
que un *vaudevill* es un drama.
Tambien conozco otros muchos
tan pagados de su estampa,
que si al espejo se miran
con su belleza se encantan,
y estudian sus movimientos,
y todo lo hacen á máquina,
y van tras de los carruajes
buscando siempre una ganga.
Otros que escriben comedias
y no saben le gramática,
otros que dicen que pintan
cuando simplemente manchan,
otros que pasan por héroes,
porque se baten... de espalda,
y otros que parecen sabios
y son ladrones de fama.
Yo que los conozco á todos
y que sé tambien sus mañas,
ya que afrentarles no puedo
les echo tinta á la cara.
Lo cual prueba solamente,
y esto á mi conciencia halaga,
que en tratándose de bromas,
me gusta darlas pesadas.

Advierto que mi poesía
va ya pecando de larga,
y aunque eso á mí no me importa
pues tengo tela cortada,
voy á acabar, porque temo
que la lengua se me vaya.
Si os agradó la lectura
os doy, señores, las gracias,
mas si callais por prudencia
ó me sufris por templanza,
si hago rabiar á los hombres
y bostezar á las damas,
perdon no pido por ello
que no es mi modestia tanta,
sufridme, como sufrís
otras muchas cosas malas,
y en último resultado
recordad que mis palabras,
no han sido más que una broma...
¡y mis bromas son pesadas!

M. del Palacio.

ADELANTOS DE LA FABRICACION.

I.

Así como hay un número bastante considerable de hombres que se dedican exclusivamente á predicar á los demás la virtud del trabajo, hay otro no pequeño guarismo de ciudadanos inútiles que viven dando lecciones de filosofía y moral á todo el que consiente en oírlos.

Con un individuo de este último género me cupo anoche la desgracia de conversar *velis nolis*, por espacio de hora y media.

¡Válgame Dios y qué cosas me dijo!

Válgame por otras tantas indulgencias en desquite de mis pecados, las doce mil ochocientas sesenta y dos vulgaridades que me soltó á *quemar ropa*.

¡¡Qué imperfecto es el hombre!!—exclamaba de vez en cuando, y por remate de cada uno de los párrafos de su discurso—¡¡qué naturaleza la suya, tan susceptible de mejor acabamiento!!

Y fué el caso, que de tanto oírle desbarrar, y contagiado sin duda por la novedad y brillantez de sus teorías, me sentí preocupado por las *imperfecciones del hombre*, y di conmigo y con mi preocupacion en la cama.

Ustedes saben que hoy están en moda *los sueños*, aun cuando no lo estén *las realidades*, y Vds. me dispensarán el obsequio de creer que yo soy por lo menos tan susceptible de *ver visiones*, como la infanta de Castilla y el monarca de Aragón.

Aquella noche tuve yo un sueño, que sino vale para un drama, puede muy bien servir de asunto para una comedia de extraordinarias costumbres.
Conozcan Vds. mi sueño.

II.

Desde el mullido lecho en que descansan mis afanes, me sentí trasportado cómoda y vertiginosamente á un remoto país: la América del Norte, sino me engaño.

Embebido en la contemplacion, absorto en el exámen del nuevo mundo que á mis ojos se alzaba, corría yo las anchurosas y alineadas calles de una populosa ciudad, modelo de gusto y civilizacion, de cultura y bienestar, cuando acerté á pararme frente de un soberbio edificio en cuyo fróntis pude leer el siguiente rótulo:

FABRICA DE HOMBRES

PARA TODOS LOS GUSTOS.

Equidad.—Perfeccion.—Garantias.

Quedéme al pronto estupefacto; sentí despues el frio de la duda, y últimamente el calor del entusiasmo.

¿Será posible, me preguntaba yo enmedio de aquel rarísimo éxtasis, que las paredes de este edificio encierren un verdadero Prometheo? ¿Será cierto que la civilizacion americana, más afortunada que Pigmaleon, haya sabido inventar una máquina en la que se produzca ese *quid divinum*, ese soplo vital, ese espíritu increado que anima la materia humana?

Aquí llegaba en mis lucubraciones, cuando cortés y espontáneamente se acercó á mí un hombre, verdadero tipo del *yankée*, y con la más esquisita amabilidad me dijo:

—Caballero: dispensadme que os moleste, pero vuestro porte, vuestro traje, y más que todo la estupefacción que se pinta en vuestro semblante, me dicen que sois nuevo en este país, y escita vuestra curiosidad la muestra de mi establecimiento. ¿Queréis visitarle? Yo mismo tendré el honor de acompañaros, y no creo pecar de inmodesto participándoos que no quedareis descontento de esta visita científico-industrial.

—Sea, respondí yo lacónicamente, encantado por la novedad del espectáculo que iba á conocer, y por la urbanidad de mi galante *cicerone*.

III.

Entramos en un inmenso salon, de vastas proporciones longitudinales, de elevado techo, modelo de construcciones colgantes, y de rico y pulido pavimento.

Un soberbio cancel tallado en ébano daba entrada á este salon, en cuyas paredes se alzaban unas grandes anaquelarias de cristales parecidas á las que destinamos en nuestros gabinetes científicos al orden y clasificacion de los objetos de la ciencia.

—Venid (continuó mi *cicerone* luego que estuvimos dentro de aquella mansion fabulosa), venid y conoceréis uno de los más grandes adelantos á que llegar pudo el ingenio humano. Reparad conmigo en cuanto os rodea. La muestra de esta casa os ha dicho ya que aquí se fabrica el hombre: pues bien, vais á conocer los productos de esta fábrica. Os asombrará seguramente, y hasta negareis en absoluto que el hombre haya sabido arrancar á la naturaleza su secreto, que el hombre haya extraído de un motor sujeto á las leyes de la física ese espíritu increado que llaman algunos *alma*, y del que segun todos, carecen los irracionales. Pues bien; ved por vos mismo la ignorancia en que vivís. Venid conmigo, y os convencereis evidentemente de la verdad de nuestra industria. Empezad por reconocer lo que se encierra en esas anaquelarias. Reparad en que todos esos estantes tienen su rotulacion especial.

Y en efecto, miré á lo alto, y entre la escocia con que remataban ví colocados varios tarjetones donde se leía, en unos: BANQUEROS,—en otros—POETAS,—aquí—AVAROS,—allá—ESCÉPTICOS,—más acá—JUGADORES,—más allá—POBRES-HOMBRES,—en este lado—EGOISTAS,—en el opuesto—FILÁNTROPOS;—en fin, allí habia todo género de adjetivos morales, toda suerte de epítetos característicos.

Mi curiosidad crecia de punto.

Acerquéme á examinar lo que se encerraba en aquellos estantes.

«Y lo que ví ¡vive Dios

Que hacíame estremecer!»

Ví en ordenada colocacion una série de moldes de la figura humana, pero en los que no habia solamente que apreciar el hueco contornado, sino la completa reproduccion del aparato óseo, la cabal estructura del organismo animal, y la exacta copia del sistema miológico.

—Mirad, dijo á este punto mi *cicerone*, mostrándome uno de aquellos moldes; este es el hombre en cuanto puede reproducirle la ciencia. Nada falta aquí: la construcion *neuro-esquelética* es idéntica á la nuestra; la configuracion de todos los órganos que le dan vida y movimiento está exactamente copiada del natural: mirad el hueco donde descansa la masa cerebral; ved los

LAS REUNIONES CASERAS.



El ambigü.

(IMITACION DE UNA COMEDIA.)

- Diga Vd., compañero, ¿de qué murió su padre de Vd.?
 —De repente.
 —(El maldito no pierde bocado).



A la salida.

- Por mas que lo busco no parece mi sombrero.
 —¿Era nuevo, señorito?
 —Flamante.
 —Usted perdone, pero hace media hora se acabaron los nuevos.

órganos de la vision; examinad las cavidades donde tiene su asiento el aparato auditivo; aquí teneis reproducida a traquearteria: ved aquí los pulmones, el corazon, el esófago, el estómago, los intestinos; en fin, todas las visceras humanas.

—Y bien, pregunté yo, ¿es esto todo lo que habeis conseguido hacer para anunciar pomposamente la fabricacion del hombre?

—No, amigo mio, respondió mi interlocutor; entre nosotros se castiga la farsa, y nuestro anuncio es tan cierto en todas sus partes, como vereis ahora. Vos, que seguramente habeis visitado el estudio de algun escultor, habeis tenido ocasion de conocer la operacion del vaciado; pero ¿qué habeis visto? La figura humana, ó alguna parte de ella, hecha de una pasta fria, inanimada, sin otra vida que aquella que el talento artístico sabe imprimir á la verdad del contorno, á la expresion fingida. En un principio, al repasar en esos moldes habeis creido que os iba á sorprender con semejante medio; ofreciéndos una reproduccion semejante; os habeis figurado que estos moldes, lo más que pudieran producir, era una momia, era un maniquí á propósito para el estudio anatómico ó muscular; pues bien, os habeis equivocado: aquí, como dice la muestra, se fabrica el hombre, pero el hombre vivo, animado artificialmente, pero tan bien como vos y yo lo estamos por la naturaleza, con la ventaja de que aquí sabemos imprimirle los sentimientos, las pasiones, las virtudes y los vicios con que nos es encargado.

(¡Poder del sueño! Yo estaba aterrado.)

—Venid ahora, dijo conduciéndome á un salon inmediato; ¿veis esos grandes toneles? Pues ahí encerramos un líquido compuesto de todas las materias primitivas que constituyen la sangre. Ya sabeis que la química ha hecho conocer al hombre de qué materias se produce y se compone esta; por lo tanto, nosotros no hemos hecho otra cosa que prepararla como la ciencia indica. Aquí teneis la sangre venosa, aquí la arterial. Por medio de este tubo de marfil, introducimos en el ventriculo izquierdo de nuestro hombre la cantidad suficiente á llenar arterias y venas, y tan pronto como, llenas estas, rebosa una sola gota, cerramos con masa de nuestra invencion la válvula ventricular, y sometemos el molde á la accion del calor. Por la influencia de este fluido, la sangre adquiere las propiedades que le faltan, y tan

pronto como apercibimos los movimientos de *sístole* y *diástole* en el corazon de nuestro hombre, es un hecho que la funcion circular de la sangre se ha consumado, y... abriendo el molde, como se abre la caja de un violín, nos encontramos con nuestra obra poco menos que completa. Tenemos ya un individuo que ve, que oye, que goza de la sensacion material; falta solo animarle, despertar en él la inteligencia, la voluntad, las sensaciones del espíritu.

Y bien, ¿cómo haceis esto? pregunté yo sin poder reprimir mi curiosidad.

—Caballero, me respondió aquel diabólico *cicerone*, este es nuestro secreto; secreto que me permitireis guardar, puesto que de él depende el privilegio de nuestra industria. Sin embargo, para que no abrigueis duda alguna de la verdad de nuestra fábrica, voy á enseñaros los últimos trabajos. Venid antes á este lado, y me condujo cerca de un mostrador de palo-santo, sobre el cual habia abierto un gran libro reglado y casillado á la manera mercantil.

—Mirad, me dijo, este es el libro de *encargos*; fijáos en la rotulacion de sus casillas. Hicelo así, y fui leyendo lo siguiente: *Edad—estatura—caracteres fisonómicos—instintos—afectos ó pasiones—facultades intelectuales—rasgos salientes—condiciones especiales—Observaciones.*

—Y bien, amigo mio, pregunté de nuevo, ¿qué quiere decir todo esto?

—Es sencillísimo; nosotros trabajamos como los sastres, al *gusto del día*, y quien quiera hacernos un encargo, nos explica antes cuál es el suyo en la materia. Esto es sumamente ventajoso para el que nos dá trabajo, y por otra parte, nosotros necesitamos saber qué condiciones se desean para el mejor resultado de nuestra obra. Así, por ejemplo, necesitamos consignar en nuestro libro las cualidades que ha de tener el hombre que nos es encargado. Suponed que se nos pide... un *usurero* (por ejemplo), pues bien, tenemos que preparar este hombre de distinta manera que los demas, porque como sabeis, estos hombres no tienen corazon, y de hacerse nosotros resultaria una obra imperfecta. Otro caso; suponed que se nos pide un escribano, pues bien, necesitamos desarrollar en este hombre más que en otro alguno el órgano de la *adquisividad*, del *amor á lo ajeno*. Tercer caso; suponed que se nos encarga un *hombre de bien*, necesitamos

desarrollar en él todos los buenos instintos, el amor del prógimo, el respeto á los demas, la aficion al orden, el sentimiento de la virtud, etc., etc., necesitamos darle un tipo poco comun, un temperamento linfático, una constitucion débil, etc., etc., etc. ¿Os vais enterando? Me preguntó al llegar aquí.—Y tanto, le respondí, que os dispense de más explicaciones, porque comprendo cuanto podais callarme, y tan convencido me teneis de vuestra prodigiosa invencion, que quiero aprovechar mi casual estancia en vuestra fábrica para haceros un encargo, cueste lo que cueste.

—Mandad.

—Necesito, —y no saldré de aquí hasta tanto que esté satisfecho—que me hagais...

—¿Qué cosa?

—Un amigo, pero un amigo verdadero, franco, leal, cariñoso, que goce en mis alegrías, y lllore por mis desventuras, que me anime y me soporte, en fin, lo que por ahí no es posible encontrar.

—Quisiera complaceros, dijo el fabricante; pero, amigo mio, me pedis un imposible.

—¡Imposible! ¿Con que es decir que ni artificialmente es hacedero el tener un buen amigo?

—Imposible, del todo, no lo es para mi fábrica, pero os advierto que aun cuando pudiéramos hacer ese amigo, vos no disfrutarais del placer que buskais.

—¿Por qué, decid?

—Porque para complaceros necesitamos esperar á que hayais fallecido, y entonces podremos fundir en vuestro molde lo que pedis, corriendo todavia el riesgo de que no resultase tan perfecto como deseais.

III.

El dolor moral que produce siempre el desengaño me sacó de tan rara pesadilla, y cuando abrí los ojos me encontré en la cama, alumbrado por los primeros rayos de un sol, cuyo brillante resplendor no han sabido falsificar hasta hoy todos los grandes químicos de la científica Alemania.

Eduardo Saco.

MURMULLOS.

—¿Sí, eh?
—Noticias frescas, anécdotas picantes, chismes y cuentos.
—¿Cómo?
—Todo muy vivo, contado en dos palabras, los lectores de GIL BLAS las cogen al vuelo.
—¡Ah! picarillos.
—Corra Vd. día y noche, párese Vd. á escuchar, entre Vd. y salga en todos los teatros como Pedro Fernandez, esté Vd. al mismo tiempo en los bailes y en los casinos, en los gabinetes y en los salones, en los cafés y en los cafés manchegos, en la calle y en casa...
—Bien, pero...
—Nada, nada... no hay tiempo que perder.
—Sin embargo...
—Lo dicho.
—Con todo...
—En marcha... y buena suerte.

Héteme ya en la calle.
Dos mamás caminan hacia el Prado por la Plazuela de las Cortes.
Delante van sus hijas respectivas, tiernas pollitas de quince primaveras.
Yo paso al lado de las mamás.
—Pues sí, doña Facunda, dice una de ellas; no es poca suerte la que tenemos, dos hijas bellas, candorosas, inocentes...
—¡Hoy que la juventud está tan desmoralizada, esclama la segunda, es una gran fortuna la nuestra!
Las mamás van despacio, las dejo atrás y paso al lado de las jóvenes angelicales.
—¿Qué me cuentas? dice una de ellas.
—Lo que oyes... se ha casado con su novio hace tres meses y ya tienen un niño.
Y aprieto el paso.

Un artista y un amigo suyo, bastante gastrónomo, se paran delante del escaparate de una fonda.

En primer término ven los más suculentos manjares, detrás está el fondista.

—¡Qué hermosa cabeza! esclama el discípulo de Apeles.
—Yo lo creo, como que es de Jabalí.
—No, hombre.
—Te lo aseguro... ¿no ves ahí los colmillos?
—¡Pero que estás diciendo?
—Yo hablo de la cabeza que hay en el plato.
—Yo de la del fondista.

El *Diario de Avisos* decía uno de estos días sobre poco más ó menos:

«AVISO Á LOS EDITORES.—Se vendé el manuscrito de una novela inédita, con situaciones interesantes y dramáticas. El autor la dará por poco precio (*sin duda por tener que ausentarse de esta corte*), darán razon en la portería, etc...»

—¡Qué ocasión para los editores, hoy que han puesto de moda los prospectos melodramáticos, hoy que sabemos por los Sres. Manini que la *Plegaria de una madre*, anónima al principio, les descubrió á un amigo de la infancia; por el Sr. Guijarro, que con el producto de la *Perdición de la mujer* va á dotar á su hija el señor Escrich!

Desde aquí me figuro el prospecto: «Hemos buscado al autor de la novela anunciada en el *Diario*: vive en una bohardilla, sus ojos son así, su rostro *asao*, el mueblaje de la habitación era de palo-herage... al vernos entrar se agolparon las lágrimas á sus ojos:

—Vds. son mi providencia, exclamó.
—Veamos esa novela...

«Nos pusimos á leerla, y no nos fué posible soltarla de las manos... hasta que las muchas pulgas que había en aquel misero albergue nos obligaron á rascarnos...»

«Hemos descubierto un génio que se moría de hambre, signorado: ayudados, suscribiéndonos, á comprarle un traje en la ropería monumental del Sr. Isern, para que pueda presentarse en público!»

«Al final regalaremos su retrato.»

En la puerta de una iglesia en donde se conmemora á las ánimas, están hablando dos hombres que parecen aves de mal agüero.

Salen los fieles, y uno de ellos empieza á murmurar dando con una pieza de dos cuartos golpes en la bandeja:

—¡Por el sufragio de las benditas ánimas!

Los fieles pasan de largo.

—Bien dice *La Regeneración*, esclama el de los golpecitos, esto se acaba.

—¿Qué es lo que se acaba?

—La caridad.

—Señor mío, los que se acaban son los cuartos.

El revistero de *La Epoca* pretende que las campanas del reloj de la Puerta del Sol tienen un sonido apagado, y *La Correspondencia* dice que son sonoras.

En qué quedamos, ¿es el sonido triste ó alegre?

Los empleados piensan como el revistero cuando entran y como *La Correspondencia* cuando salen.

Un literato joven, que con el tiempo será académico, leyó el sábado en el cartel de Variedades:

El conjuro, pasillo escrito por Calderon para los BUFOS MADRILEÑOS.

—¡Será posible, Calderon escribió para los Bufos! Esto me dá un rayo de luz, y voy á pedir al gobierno una pension para averiguar si los demás poetas de su tiempo escribieron tambien para Arderius.

La Correspondencia, dentro de un par de días: «Ha sido pensionado el conocido literato X... para estudiar, etc.»

¿Y habrá quien diga que no se protegen las letras?

Acabo de leer esta frase de Dumas hijo:

«El viejo que se casa con una joven, debe esperar todo; pero la joven que se casa con un viejo, no debe esperar nada.»

Una señora de mal génio, que nunca ha viajado, se presentó el domingo en el despacho de billetes del ferrocarril del Norte.

—Déme Vd. un billete de segunda.

—¿Para dónde?

—¿A Vd. que le importa?...

Y con esto no canso más.

¡Ah! se me olvidaba decir á los lectores que me llamo

Bias Perez.

CABOS SUELTOS.

En el número próximo continuarán las *Aventuras de dos recién casados*.

Tambien preparamos una plana en litografía sobre los *Bufos*, representando varias escenas de telon adentro, como el cuarto de Arderius, tipos de los aficionados, las estrellas en el saloncillo, las *Osas* agarradas de las greñas, el baile final, y otros fenómenos.

El Alto Aragon, periódico de Huesca, publica una *Elegia*, á *Matilde*, que empieza así:

En tanto que á tu ser la fiebre devoraba
y su soplo destructor te estremecía...

—Apaga y vámonos.

Balada.

Ella....—¡Oh! si pudiera entre tus labios rojos, cariñosos suspiros exalando, por tí morir amando abrasada en el fuego de tus ojos!...
—Una palabra escuche lisonjera dulce consuelo á mi ilusion primera...
—Habla, Canuto, mi impaciencia vé!...
Canuto.—Y á mí, señora, qué me cuenta usted?

El famoso empresario de los Estados-Unidos, Mr. Barnum, el que se enriqueció enseñando al público la nodriza de Washington y la cantante Jenny Lind, ha escrito y publicado sus *Memorias*.

En este libro, curioso por más de un concepto, se encuentra el arte de hacer fortuna en América, reducido á diez mandamientos en esta forma:

- Escoge la carrera que más te guste.
- Nunca faltes á tu palabra.
- Todo lo que hagas, lo harás con todas tus fuerzas.
- No te emborraches jamás.
- Espera, sin ser visionario.
- No desperdicies tus facultades ni tus fuerzas.
- Tendrás buenos empleados.
- Dá mucha publicidad á tus empresas.
- Sé económico.
- No cuentes más que contigo.

Esto podrá ser muy bueno en América, pero en Europa, el que quiera hacer fortuna debe reducirlos á uno solo y es este:

—Engaña á todo bicho viviente.

Otra vez se ha deshecho la formacion de zarzuela en el Circo.

El teatro del Circo se va ya pareciendo á una de aquellas casas antiguas que tenían duendes; habia que darlas de balde ó derribarlas.

Solo me explico la desgracia del teatro del Circo de una manera:

Si su propietario el Sr. Colmenares está á la puerta tomando el sol, ¿no ha de tener el teatro mala sombra?

Ya se ha puesto á la venta el *Almanaque literario del Museo Universal*, que publican todos los años los Sres. Gaspar y Roig.

Después del de GIL BLAS, no hay ninguno que nos guste tanto, ni que nos inspire mayor interés.

En las inmediaciones de Madrid acaba de descubrirse un manantial de agua salina purgante, el cual ha sido declarado de utilidad pública.

Creo que seria de más utilidad un manantial de medios duros.

En el teatro de Novedades oímos la otra noche el siguiente diálogo:

Una señora.—¿Conque esta comedia que están representando se llama *Maria ó la hija de un jornalero*?

El marido.—No, mujer, se llama *Mateo ó la hija del Español-neto*.

—¿Y hay pieza luego?

—No: la funcion acaba con el baile la *Tarántula napolitana*.

Son verdaderamente curiosas, y merecen llamar la atención por lo exactas y concienzudas, las noticias y juicios criticos que en materias teatrales publica el diario francés, titulado *Revue et Gazette de Theatres*, el mas antiguo de su clase.

Se conoce que sus correspondientes están acostumbrados á andar entre bastidores, y que no se duermen en las pajas.

Algunos periódicos hacen elogios del cuadro terminado hace poco por el Sr. Benjumea, y en el cual están retratados multitud de personajes.

¿Buen cuadro.... y de Benjumea....?

¿Para el diablo que lo crea!

Un periódico anuncia que existe en Filadelfia un niño que á la edad de tres meses sabe un caudal de voces tan crecido y las pronuncia tan bien, que casi puede asegurarse que habla perfectamente.

En España son imposibles esta clase de fenómenos.

Asusta lo que aquí pasa; ¿no dice doña Tomasa con ser muy mujer de bien, que el mes que viene en su casa vamos á armar un *belen*?

Malos pensamientos.

Un amigo mío tropieza en la calle con las mujeres bonitas para que estas puedan decir algun día:

—Ese joven me *chocha*.

Conozco una criada, á quien su amo, que es todo un personaje, ha pedido últimamente la mano... del almirez.

Un forastero, amigo mío, dice que el café que mas le ha gustado en Madrid es el café de Moka.

Para comprender la poca importancia del sol, no hay más que ver á la hora que se levanta.

Si yo fuera gastrónomo, no descansaria hasta averiguar á lo que sabe el Pan-demonium.

Solucion al geroglífico del número anterior.

En el mar de la vida
en que vogamos,
los hombres son navios,
las pollas faros;
pero las viejas
son urcas que hacen agua
por la carena.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.